

COMENTARIOS

VISITA DE MONS. RIVERA A CHALATENANGO Y GUAZAPA

Los días 12 y 13 de octubre Mons. Rivera estuvo en Ojos de Agua, Chalatenango, y el día 15 en Aguacayo, Guazapa. Era la primera vez desde el comienzo de la guerra y desde que asumiera la dirección de la arquidiócesis que Mons. Rivera visitaba zonas controladas por la guerrilla. La finalidad de tales visitas era la de mediar en la solución del problema de los secuestrados por parte del FMLN, Inés Guadalupe Duarte, Ana Cecilia Villeda y los alcaldes democristianos, y de los capturados y desaparecidos por parte de la Fuerza Armada. En ambas visitas estuvo acompañado del P. Ignacio Ellacuría, rector de la UCA, y del P. Jon Cortina. Estas visitas han sido importantes para la Iglesia, aspecto que aquí vamos a comentar, tanto para su futura labor mediadora como para su labor pastoral. Veámoslo por separado.

Es sabido que el diálogo global entre ambas partes está estancado y que la labor mediadora de la Iglesia, a pesar de sus intenciones y declaraciones, ha sido ineficaz en los últimos meses. La carta de la conferencia episcopal de El Salvador sobre *Reconciliación y paz* (véase la documentación) de hecho agravó todavía más las dificultades de su actividad mediadora. Alabada por el presidente Duarte, la carta fue duramente criticada por el FMLN-FDR. Además de un insuficiente análisis de la situación histórica y el incomprendible silencio sobre el rol de Estados Unidos en el conflicto, achacan los frentes a los

obispos una parcialidad impropia de un mediador. La carta muestra una parcialidad de derecho al reconocer una excesiva legitimidad al actual gobierno y, por lo que toca al mismo diálogo, al afirmar la intrínseca dificultad de dialogar con ideologías "que ven en la lucha el motor de la historia," clara alusión al FMLN. Muestra también una parcialidad de hecho al adoptar la óptica de la democracia cristiana y de la administración Reagan de "las dos extremas" y al mostrarse excesivamente indulgente con las actividades represivas de la Fuerza Armada. Junto a esto acusan a la Iglesia de ineficiencia y falta de creatividad en la mediación y de irresponsabilidad al no llevar un archivo de propuestas, acuerdos, actas y minutas de las reuniones.

Esta respuesta de los frentes, a la cual por cierto no ha respondido la conferencia episcopal, muestra la dificultad no ya del diálogo en sí mismo, sino la dificultad de aceptar a los mediadores. Es cierto que miembros del FDR se reunieron con Mons. Rivera pocos días después; pero a su vez el FMLN ha querido dejar en claro que no está dispuesto a aceptar como mediadora a una Iglesia parcializada. Así lo apuntaban unas duras declaraciones de radio Farabundo Martí contra Mons. Gregorio Rosa al que acusan no sólo de parcialidad, sino de "complicidad evidente" con el gobierno por lo que dijo en su homilía del 13 de octubre.

En este contexto hay que apreciar la importancia de la visita de Mons. Rivera a Chalatenango y Guazapa. El mismo hecho de que los altos dirigentes del FMLN estén dispuestos y deseosos de hablar con él, el respeto en las conversaciones, el deseo y las facilidades dadas por aquéllos para que Mons. Rivera pudiera reunirse con la población civil y celebrar actos religiosos muestran que por convicción y/o necesidad el FMLN desea la mediación de Mons. Rivera. Si a esto se unen los frutos positivos en los canjes de secuestrados, liados y prisioneros, no cabe duda de que la figura del mediador eclesial ha salido robustecida. Ello facilitará no sólo futuras mediaciones para la humanización del conflicto (nuevos canjes, trato humanitario a presos y heridos, respeto a la población civil etc.), sino para el diálogo más fundamental sobre la finalización de la guerra.

Esta visita ha sido importante también no sólo para robustecer la imagen "política" del mediador, sino su imagen "pública" como mediador. La Iglesia mediadora vive, en efecto, en una zona del país controlada por el gobierno; por necesidad, se relaciona más con un lado que con otro, puede tender a interpretar la guerra y los sufrimientos, incluso las necesidades pastorales de los creyentes, desde "un" lado de la guerra. En este contexto, la mera presencia física y pública de Mons. Rivera en Chalatenango y sobre todo en Guazapa, el hablar con sus pobladores, el observar los efectos de la guerra desde el "otro" lado, el celebrar un servicio religioso en una zona aislada por la Fuerza Armada, el rezar con aquellos que ven la guerra de forma contraria a como otros la ven desde la zona gubernamental, en una palabra, el "estar" en una zona controlada es un importante símbolo de que la Iglesia quiere en verdad mediar. Su mediación se purifica y así se potencia; supera la tendencia a parcializarse y se concibe, sobre todo, no como pura neutralidad, distanciamiento por igual de ambas partes, sino como activo acercamiento a ambas partes, a sus sufrimientos y a sus anhelos de una pronta y pacífica solución del conflicto. En lenguaje religioso, el arzobispo se convierte en pontífice, el que tiende un puente entre dos realidades distintas y aun contrarias.

Gran significado, si no mayor, tuvo la visita de Mons. Rivera como visita pastoral, Chalatenango y Guazapa son parte de la arquidiócesis, pero con específicas características pastorales. Allí viven muchos cristianos católicos civiles y también combatientes con problemas muy agudos.

En primer lugar está el gran sufrimiento humano, mucho mayor que el generado por la guerra en otras partes. Los bombardeos indiscriminados, las masacres, las guindas, la destrucción de casas y cosechas hacen de la vida un verdadero calvario. Esos sufrimientos son menos conocidos y conocidos, ocultados por la propaganda oficial o subsumidos bajo el término genérico de "consecuencias del conflicto," con lo cual se los quiere justificar o, al menos, quitar relieve a la inmensa tragedia. A consecuencia de todo ello, muchos pobladores se han visto forzados a abandonar la zona y engrosar el *vía crucis* de quienes acuden a los refugios de la capital.

En medio de tan gran dolor, la asistencia sacerdotal, tan deseada, es mínima y a veces nula. La heroicidad que requiere vivir en esas zonas, la peligrosidad —pues son acusados públicamente de criminales— y la dificultad intrínseca de la pastoral en tales situaciones hace muy difícil encontrar sacerdotes dispuestos a ir allí.

Aunque algunos sacerdotes y varios heroicos catequistas trabajan pastoralmente, aparecen nuevos problemas, como son, por una parte, la cercanía también a no creyentes y, por otra, la sensación de abandono y de incompreensión por parte de la Iglesia oficial.

En este contexto real, la visita de Mons. Rivera sobre todo a Guazapa fue de suma importancia. Por primera vez pudo ver de cerca y oír en boca de los cristianos sus increíbles sufrimientos, su fe, sus necesidades y sus peticiones. Pudieron esclarecerse algunos prejuicios, con alguna base en la realidad en ocasiones, pero exagerados por la distancia, la información selectiva y parcial y el ambiente propagandístico en contra de todo lo que —política o militarmente, cultural o religiosamente— tenga que ver con las zonas controladas.

Quedó en claro en primer lugar el inmenso sufrimiento y la tremenda injusticia y represión que sufren los moradores de Guazapa, lo cual no es ni invención ni exageración propagandística, sino espantosa verdad. Una mera observación al lugar fue suficiente: no había ni una sola casa en pie, todas habían sido destruidas incluida la Iglesia. Como comentó Mons. Rivera: "si la Iglesia está así, quiere decir que las casas de los vecinos están todavía peor." En una carta que se leyó en la celebración de la palabra, un campesino fue enumerando los operativos, los bombardeos, las masacres desde 1980 hasta el día de hoy. Lo dijo también el Padre Rogelio Poncele en su

homilía: “es la verdad, Monseñor que esta gente vive gran parte del año bajo tierra o les toca andar huyendo como que son animales salvajes.” Mons. Rivera pudo oír también varios testimonios personales de barbaries sin cuento: mujeres violadas antes de ser asesinadas, niños quemados, refugiados en tatús obligados a salir con gases venenosos, cuerpos humanos macheteados a pedacitos. La sencillez con que iban contando todas estas cosas, aunque a veces quien hablaba rompía a llorar y continuaba entre sollozos, sólo recalca la verdad de lo que decían. Y Mons. Rivera —así se lo dijo— les creyó.

Quedó también en claro la fe de los pobladores. La celebración de la palabra nada tuvo que ver con un mitín político. Ni siquiera se escucharon exabruptos —que hubiesen sido bien comprensibles— contra nadie, ni contra el gobierno, ni contra la Fuerza Armada, ni contra Reagan. Fue realmente una reunión de oración. Allí se leyó el Magnificat y el pasaje del evangelio de Marcos sobre la tempestad calmada. La homilía del Padre Rogelio incitó a la fe y a la esperanza en Jesús en medio de la tempestad que abate a Guazapa, e incitó a mantener viva la caridad. Más aún, la celebración comenzó con el reconocimiento de los propios pecados: “tal vez,” dijo el Padre Rogelio, “frente a una situación tan difícil que estamos viviendo ha habido en nosotros falta de fe, falta de optimismo, falta de esperanza. O tal vez hemos tenido frente a la mis-

ma situación dolorosa, hemos tenido sentimientos de odio, de venganza, de amargura. Por eso queremos hacernos pequeños ante Dios para que Dios pueda hacerse grande en perdón y en amor para cada uno de nosotros.” Y aquellos hombres y mujeres que cargan sobre sí el pecado de la sociedad salvadoreña, se reconocieron también pecadores, porque son profundamente creyentes. “Nosotros nunca jamás podemos perder de vista a Dios,” dijo el Padre Rogelio.

Y quedó también en claro la eclesialidad de esas gentes, tergiversada muchas veces como si quisiesen pertenecer a una Iglesia distinta. El gran interés que tenían por ver al arzobispo, las largas caminatas de muchos para estar allí ese día, el cariño, el respeto y la alegría de estar con él no eran fingidas. Ese día hubo fiesta en Guazapa porque llegó el obispo. Y además mostraron una gran confianza en él y vieron en Mons. Rivera una última esperanza. Tanto en las peticiones que le hacían en la carta como cuando le hablaban personalmente, se dirigieron a él como a alguien a quien se le puede contar todo sin disimulos ni cálculos, porque es el padre y el pastor. Y se dirigieron a él también como a tabla de salvación en sus necesidades. Le hacían las peticiones más difíciles y las más sentidas: que los defiendan en su derecho a vivir, en su derecho a quedarse en Guazapa y no tener que huir a algún refugio; más en concreto, le pidieron que les facilitase un asentamiento y una cooperativa agrícola para poder



vivir allí. Y añadieron también una petición estrictamente eclesial: que volviere a visitarlos y que los ayudase en la pastoral de la zona. Esta eclesialidad la dejó muy en claro el Padre Rogelio cuando invitó a hablar a Mons. Rivera: "hermanos, ahora ha llegado el momento más importante para nosotros. Vamos a escuchar las palabras alentadoras de nuestro pastor arzobispo Mons. Rivera y Damas. Un aplauso para Monseñor por favor."

Mons. Rivera y sus acompañantes estaban emocionados. Mons. Rivera mostró su alegría de que aquel nuevo día de negociaciones hubiese empezado con una oración con el pueblo y les dijo con toda sencillez lo que estaba experimentando en aquellos momentos:

Desde luego —y esto es un beneficio que yo he recibido visitando estos lugares— he podido comprobar lo que son ustedes, poblaciones que viven en estos territorios, el anhelo de paz que tienen, el deseo de que cesen los operativos y bombardeos indiscriminados, el deseo sobre todo de que se respeten las leyes internacionales de la guerra sobre los conflictos y, sobre todo, el deseo, como lo hemos oído gritar aquí, de que no se les mueva de sus lugares de origen en donde han nacido, trabajado y sufrido y donde quieren continuar viviendo. Todo esto, ya oído más directamente, no sólo de palabra escrita, es mucho más convincente, es algo que entra por los ojos y penetra profundamente el espíritu y llega al corazón. Esta es, pues, una de las ventajas de este encuentro. Los de Chalatenango pedían que con más frecuencia se les visitara y también que se les atendiera en sus necesidades espirituales. Este pedido, que no es de hoy, encuentra en mis oídos y en mi mente y corazón más acogida una vez que he podido estar con ustedes verlos, oírlos y estar, aunque sea un momento breve, con ustedes.

Mons. Rivera terminó sus palabras reafirmando su compromiso a ayudarlos en las peticiones que le habían hecho y a trabajar por una paz con dignidad que ponga fin a tanto sufrimiento.

Esta visita ha sido, pues, importante para la Iglesia. Por lo que toca a su papel mediador, la figura, de Mons. Rivera ha salido robustecida; su presencia a sido pedida una vez más por ambos bandos. Esta mediación eclesial ha producido

además buenos resultados concretos en torno a los canjes y hará más posible la mediación en el interrumpido y necesario diálogo sobre la finalización del conflicto y sobre la paz con justicia y dignidad.

Pero sea cual fuere el futuro de la mediación eclesial, muchos de cuyos elementos no están en manos de la Iglesia, esta visita reviste sin duda gran importancia para la organización pastoral de la arquidiócesis —y de otras diócesis donde existen zonas controladas—, lo cual sí está en manos de la Iglesia y hacia lo cual tiene una grave responsabilidad. El contacto directo con los cristianos en zonas controladas podría llevar a repensar la pastoral en esas zonas, a darle su debida importancia, a afrontar y no ignorar los problemas que conlleva, a redistribuir los recursos humanos y materiales para que puedan trabajar en ellas sacerdotes, religiosas, catequistas asistentes sociales. Podrá llevar al estudio y solución pastoral y teológica de los problemas específicos de esas zonas, por novedosos y difíciles que parezcan: la posible participación en la guerra, el acompañamiento en la fe en presencia de algunos no creyentes, la convivencia con sectas alienantes, política y religiosamente contrarias a su religiosidad, las diversas y aun contrarias pastorales sacerdotales en esas zonas, el sentimiento de abandono y rechazo ocasional por parte de la Iglesia institucional, etc.

Esta atención pastoral a las zonas controladas representa un gran bien para ellas, pero también para toda la arquidiócesis y toda la Iglesia del país. En las zonas no controladas existe la tendencia a ignorar la guerra y sus sufrimientos, pues no se siente de cerca, y a una pastoral pasiva, a la defensiva, no comprometida en solucionar el conflicto y humanizar sus terribles consecuencias, aunque hay numerosas y beneméritas excepciones. Tener presente en la pastoral a las zonas controladas, tener presentes los rostros concretos de tantos hombres y mujeres que viven entre bombas y guindas, es lo que trágicamente da relevancia hoy a la opción preferencial por los pobres, pues sus pobladores son sus máximos exponentes. Sigue siendo verdad que el siervo sufriente de Jahvé, como dice el profeta Isaías, es luz de las naciones. Esa luz es necesaria, pero también provechosa, para la actuación de la Iglesia en estos tiempos de guerra y de esperanza, de injusticia y de compromiso.

J.S.